

CAPITULO VII.

Primer período de la guerra con los Estados- Unidos.

Dura tarea es la del escritor, cuando en lugar de mover su pluma para abrir una página de gloria en los anales de su patria, tiene por el contrario que remover profundas y dolorosas heridas en su corazón y que bosquejar un cuadro lúgubre cuya vista haga brotar amargas lágrimas por un pasado sombrío, sin que quede siquiera el consuelo de poder buscar un remedio á los hechos que jamás dejarán de ser.

Pero si el poder de la historia no alcanza á cambiar los acontecimientos que una vez tuvieron lugar, sí es una lección saludable para las generaciones que vienen después; porque ellas se aprovechan de la dolorosa experiencia que dejan las desgracias pasadas. ¡Tal es lo que sucede al escribir este período de nuestra historia!

Unas veces la pluma se resiste á referir los hechos que son un motivo de vergüenza y de aflicción para nuestra patria; y no pudiendo ya hacer que no exista lo que una vez fué, la verdad histórica exige que debemos transmitir

los acontecimientos tal como han sido, porque ellos mismos, sea que marquen una aureola de gloria ó una señal de ignominia para sus autores, son siempre una luz que servirá de guía á los que alternativamente se han de ir presentando como actores en el gran teatro de la vida de la humanidad. Y otras la mano se estremece al tocar la sangre de las víctimas, á quienes su amor á la patria sacrificó en los campos de batalla, donde México, en medio de sus infortunios, levantó laureles que no podrá marchitar el ábrego de sus desgracias.

En los acontecimientos de esta parte de nuestra historia, veremos las consecuencias que produjeron en México la serie de sus continuas guerras fratricidas y la in-experiencia de sus gobiernos: aquí es donde se manifiesta en toda su grande deformidad el resultado de la división entre los mexicanos, ocasionada por las lógicas secretas, que con mano diabólicamente diestra, supo fomentar nuestro vecino del Norte: en ese período palparemos el funesto fruto de la semilla de la reforma; y apenas nos quedará el triste consuelo de denunciar al mundo el grande crimen que con nosotros fué cometido y cuya magnitud describe así una pluma de los mismos americanos. «Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la toma de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen un ejemplo de rapiña en tan basta escala cometido por particulares.»

Y todavía, cuando el honrado Mr. Clay escribía de esta manera aun suponía que esa rapiña tan en alta escala fuera solo cometida por particulares y reducida al territorio de Texas; pero los particulares usurpadores de Texas, no hicieron sino servir de instrumentos á su gobierno, para ejecutar sus planes de engrandecimiento, que

despues de Texas hicieron extensivo á todo el territorio de que se ha despojado á nuestra infortunada patria.

En el año de 1844 estando pendiente un tratado de agregacion del territorio de Texas, entre los que allí habian promovido su independecia y el gobierno de los Estados- Unidos, el representante de éste cerca de nuestro gobierno, Mr. Shannon, pasó una nota al gobierno de México en vista de los preparativos que se hacian para abrir de nuevo la campaña de Texas, diciendo: que aquel acto se consideraria como una agresion á la Union Americana, en razon de que la política de su gobierno se habia dirigido siempre á incorporar á Texas á los Estados- Unidos, en cuya República se habia seguido esta política invariablemente por todas las administraciones que se habian sucedido en mas de veinte años.

Y fuera porque esta franqueza no conviniera al gobierno de los Estados- Unidos, ó porque por otra razon entraba en sus miras, retiró á este diplomático, nombrando á Mr. Slidell, de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior, y el cual traia instrucciones de hacer proposiciones no solo para la adquisicion de Texas, sino tambien de Nuevo México y las Californias.

Como ya ántes se ha hecho notar, era opinion bastante generalizada en México de que al fin perderia el territorio de Texas, ya fuera por la debilidad del gobierno á causa de los constantes motines que lo trastornaban, ya tambien por la proteccion que el gobierno de los Estados- Unidos daba sin embozo á los colonos sublevados: y viendose como un punto de conveniencia, que entre la ambicion de nuestros vecinos y nuestra propia debilidad se levantara un muro que pudiera servirnos de resguardo, se habia consentido en que Texas formara una nacion independiente, para lo cual concedió el Congreso al gobierno del general Herrera en 17 de Mayo de 1845 la autorizacion

necesaria para hacer un arreglo ó celebrar un tratado honroso á la dignidad de la República, sirviendo de bases las proposiciones que Texas habia presentado al gobierno mexicano y que eran las cuatro siguientes: 1^a Se reconoce la independecia de Texas. 2^a Texas se compromete á no agregarse ni sujetarse á ningun otro país. 3^a Los límites y otras condiciones se reservan para el tratado final. 4^a Texas está pronto á someter los puntos en disputa sobre territorios y otros asuntos á la decision de árbitros.

Pero la alhagüeña esperanza que hacian entrever la disposicion en que parecian hallarse México y Texas para llegar á un próximo arreglo, quedó sin efecto como ya hemos visto porque los agentes de los Estados- Unidos precipitaron los acontecimientos para la agregacion de Texas á la Union Americana; y entónces el curso de los acontecimientos fué dirigido á que México tratara no con Texas como un Estado independiente sino con el gobierno de la Union Americana de que ya formaba parte de hecho.

Aun en este estado las cosas, el gobierno del general Herrera hizo esfuerzos laudables por sacar á salvo la dignidad de México y la mayor ventaja para sus intereses; pero el pronunciamiento de S. Luis Potosí hecho por el general Paredes vino á destruir toda esperanza, así porque interrumpió el curso de las negociaciones llevadas en la administracion del general Herrera por su ministro de relaciones el Sr. Peña y Peña, como porque ese pronunciamiento lo mismo que todos los trastornos políticos no podia ménos que debilitar de pronto al gobierno de México, y por último porque ese pronunciamiento que tendia al establecimiento de la monarquía hizo avivar mas el deseo de los Estados- Unidos de consumir cuanto ántes sus proyectos de usurpacion, sirviéndose del infunda-

do pretexto de oponerse, porqué así convenia á sus intereses, á las miras que México manifestaba de establecerse bajo la forma monárquica. Esto se comprende de la proclama que el general Scott publicó en Jalapa manifestando: que entre los mexicanos existia un partido monárquico, que los Estados-Unidos no podian consentir que se levantara por no convenir á sus intereses tolerar en América el establecimiento de la monarquía; y que el objeto con que á él lo mandaba su gobierno era para combatir y destruir á ese partido.

Aunque no fuera enteramente cierto lo que en su proclama decia el general americano, sí produjo por desgracia todo el efecto que los americanos deseaban; porque con la manifestacion de tales ideas, muchos gobernadores y legislaturas de los Estados abandonaron á México en esta lucha y vieron impasibles, que el usurpador de los intereses y de la honra de su patria ondeara su pabellon triunfante sobre la sangre de muchas víctimas y en muchos lugares del suelo mexicano, hasta realizar la usurpacion proyectada. Tal es el tristísimo resultado de la narracion de los hechos en esa funesta guerra.

Cuando el general Taylor llegaba al Fronton de Santa Isabel, Matamoros tenia una guarnicion de cerca de 3,000 hombres al mando del general Mejía que era el comandante general del puerto; y como no habia preparativo alguno de defensa, fué necesario construir de la manera mas violenta algunas fortificaciones que se hacian indispensables para prevenir el peligro de que la ciudad se veia amenazada.

Los soldados del ejército mexicano en el Norte á la vista del invasor de su patria sentian inflamado su corazon por el fuego sagrado del patriotismo y con el mas grande entusiasmo pedian á gritos que se les condujera al combate; pero el general García obedeciendo á las ins-

trucciones que se le habian dado, no podia corresponder á los entusiastas deseos de aquellos patriotas veteranos, y limitándose á poner la plaza en estado de defensa, solo pudo mandar al campo enemigo al general Diaz de la Vega para hacer ver al general americano que su avance hasta aquel punto deberia considerarse como una verdadera invasion á mano armada que rechazaria de cuantos modos le fuera posible en cumplimiento de su deber, si no consentia en retirarse hasta el punto que el gobierno de México reconocia como límite de su territorio. Si esta conducta que honrará para siempre al general Mejía se hubiera seguido por todos los que en aquella guerra tuvieron á su cargo los futuros destinos de México, tal vez no tendríamos que lamentar las desgraciadas consecuencias que nos produjo la guerra; pero el espíritu de division que tan profundas raices habia echado entre los mexicanos, tenia preparada una suerte fatal en aquella campaña para esta desdichada patria.

Las conferencias del general Diaz de la Vega no dieron mas resultado que poner á salvo la responsabilidad del gefe de Matamoros y de pronto el buen nombre de su patria; pero insistiendo el general Taylor en su permanencia en los puntos ocupados, apoyados en la comunicacion con sus fuerzas marítimas, dispusieron levantar algunas obras de fortificacion tanto en aquel punto como al frente de la ciudad de Matamoros, no teniendo de por medio con ella sino el Rio Bravo.

Miéntras esto pasaba en la frontera, el gobierno de México nombraba al general D. Pedro Ampudia, general en gefe del ejército del Norte, recompensándole así los servicios que habia prestado para el pronunciamiento de S. Luis y luego se puso en marcha para Matamoros á donde llegó el 11 de Abril de 1846, llegando á la plaza el 14 del mismo la fuerza que llevaba en número de

2,200 hombres con 6 piezas de campaña. Este nombramiento que se consideró por todo el ejército muy desacertado, fué combatido desde que se hizo; y á causa de las muchas representaciones que en su contra se hicieron, el gobierno se vió obligado á cambiarlo nombrando para general en gefe al general D. Mariano Arista y dejando de segundo en el mismo ejército al Sr. Ampudia, con cuya variacion, léjos de remediarse el mal, se aumentó de una manera considerable por la discordia que se introdujo en el ejército que iba á resistir el primer choque con el enemigo extranjero.

Con los informes que se dieron al general Ampudia á su llegada á Matamoros, concibió el plan de pasar el rio y batir la fuerza enemiga que se hallaba al frente de la plaza, en cuyo sentido dictó las órdenes necesarias para que ese movimiento tuviera lugar el dia 15; pero la noche del dia 14 recibió por extraordinario la orden en que se le comunicaba entregar el mando del ejército al general Arista y de quedar él como segundo en gefe. El general Ampudia tenia tanta confianza de que la ejecucion de su plan daria un resultado de gloria para las armas nacionales, que no podia ver sino con mucha pena el que se perdiera aquella favorable ocasion: y queriendo justificar su conducta con la necesidad de obrar y la probabilidad de un buen éxito, reunió una junta de los gefes del ejército exponiéndoles su proyecto de operaciones y haciéndoles ver la seguridad que tenia de obtener una vitoria; pero aunque todos se manifestaron dispuestos á obedecer sus órdenes como segundo en gefe del ejército, le advirtieron la grave falta que envolvía aquel procedimiento y de la cual todos se harian cómplices; con cuyas reflexiones se resolvió el general Ampudia á suspender toda operacion; y por esos dias los enemigos no tuvieron otro amago sino el de los vecinos de las rancherías cerca-

nas que aprovechaban toda ocasion de atacar á los que se separaban algo de la fuerza principal.

El dia 23 del mismo mes de Abril se hallaba el general Arista á tres leguas de distancia de Matamoros; y con parte de la fuerza que hizo que se le uniera, pasó el rio interceptando la comunicacion del general Taylor con las fuerzas que habian quedado en el Fronton de Santa Isabel: y como para llevar adelante todo el plan que se proponia, era neserario disponer de la mayor parte del ejército, al ejecutar este movimiento descubrió el general Taylor cual podia ser el plan del gefe mexicano y con la mayor violencia se movió para reconcentrar las fuerzas del Fronton, dejando solo una parte de sus tropas en el fuerte construido al frente de Matamoros.

El dia 5 de Mayo se le ordenó al general Ampudia que con parte de la fuerza atacara á los americanos que habian quedado en el Fuerte, mientras el general en gefe quedaba con el resto del ejército en el camino de Santa Isabel esperando la vuelta del general Taylor que se verificó el dia 8, trayendo una fuerza como de 3,000 hombres con un gran tren de carros.

Cerciorado el general Arista de la proximidad del enemigo que esperaba, salió á su encuentro avistándose con él en el espacioso llano de Palo-Alto y formada su línea de batalla, «momentos ántes de comenzar el combate, recorrió arengando á uno por uno de los cuerpos: les representa la gloria que alcanzarán con el triunfo; y el agradecimiento que deben esperar de sus conciudadanos. Sus palabras son recibidas con entusiasmo: las banderas flotan al viento: los soldados preparan sus armas; y en medio de las armonías de las músicas militares, elevan á los aires los gritos de *viva la República*, como para llevar ante el trono del Dios justiciero, el clamor de venganza de una nacion ofendida.»

Era la vez primera que las armas nacionales se iban á medir con las del enemigo que por tanto tiempo habia estado acumulando agravios sobre México: el honor nacional y la defensa de una causa justa inspiraban al soldado mexicano el fuego entusiasta que hubiera hecho presagiar un glorioso triunfo que humillara la frente del soberbio enemigo que sin más título que su poder pretendia la usurpacion de nuestro territorio; pero la discordia entre los gefes principales se extendió como un fatídico velo sobre el horizonte de gloria que apenas entrevió el ejército mexicano. Entre los generales Arista y Ampudia existian antiguas rivalidades que se exacerbaron con la mutacion del mando del ejército: el segundo hacia recaer la mas amarga censura sobre las disposiciones del primero; y esta division entre los dos gefes superiores se propagaba en todo el ejército, con perjuicio de su disciplina.

La batalla de Palo Alto que tenia la celebridad de ser la primera en la guerra contra los Estados-Unidos, comenzó á las dos y media de la tarde del día 8 de Mayo; y por muchas horas no hubo más fuego que el de las baterías de los dos campos, pues el general Taylor tenia como principal objeto pasar á unirse con las fuerzas que habia dejado al frente de Matamoros, y para esto, mientras mantenía el fuego con su artillería quiso hacer pasar su ejército por la izquierda del mexicano al abrigo de una densa nube de humo producida por el incendio que mandó ejecutar en todo el campo. Los soldados mexicanos que recibían la muerte en su línea de batalla sin tener el derecho de cambiar su vida por alguna de sus enemigos, pedían impacientes que les condujera sobre las filas enemigas, donde podrian sacrificarse con gloria y provecho para su patria; pero el general en jefe no se decidió á complacer estos deseos sino hasta ya muy tarde, y llegando pronto la noche á poner término en aquella san-

grienta refriega, el ejército mexicano no pudo obtener todas las ventajas que hubieran podido prometerse del fogoso ardimiento con que sus soldados estaban dispuestos para el combate, donde se proponian lavar las injurias hechas á su patria, con su sangre ó la de sus enemigos.

Llegada completamente la noche, el ejército americano se replegó sobre sus carros, y el mexicano sobre una pequeña colina donde habia apoyado su primera posicion; y aquel vasto campo donde en el dia habia resonado el terrible estallido de los cañones quedaba en medio de los dos ejércitos alumbrado por el resplandor siniestro del incendio y sin más ruido que los ayes y las sentidas quejas de las primeras víctimas de aquella guerra, que habian quedado horriblemente mutiladas por los estragos de la artillería.

El resultado final de los acontecimientos hizo que para México fueran estériles los sacrificios de Palo Alto; pero esa noche se consideraba tan bien puesto el honor de las armas mexicanas, que la mayor parte de los gefes americanos opinaban en una junta de guerra, retroceder al punto del Fronton; pero el general Taylor con tanta tenacidad como atrevimiento insistió en seguir adelante como lo verificaron al dia siguiente. El ejército mexicano por su parte, aunque tenia la conciencia de no haber sufrido una derrota, se hallaba dominado por el temor de un funesto presentimiento; la dilacion que se tuvo en que las tropas cargaran sobre las filas enemigas y la repentina suspension de una carga dada por la caballería al mando del general Torrejon, sin que para elló apareciera á la vista de todos un motivo justificado, hicieron que se diera crédito á las voces que circulaban con anterioridad á la batalla, de que en ella habria una traicion; y dominados los ánimos con esta desconsoladora persuacion, temian la lucha del dia siguiente porque se consideraba